Mi Vale todo  
Liuba Kogan 08/03/2013  
Jefa del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad del Pacífico

Es extraño ver a dos hombres en contacto físico. Las normas sociales lo prohíben de manera contundente al punto que desde pequeños los niños saben que si quieren evitar ser tildados de afeminados, deben impedir la cercanía física entre ellos: prohibido caminar de la mano, besarse o susurrar algo al oído del otro.

Incluso los hombres deben evitar el contacto emocional con otros varones, de modo que recurren a los comentarios sobre fútbol o sobre mujeres como una estrategia para evadir la expresión de sus propias emociones y sensibilidad.

Sin embargo, las normas que empujan a los hombres a evitar el contacto físico y emocional tienen excepciones. En particular las que se producen en contextos de agresión, porque así se descarta el fantasma de la femineidad: la agresión pública es una especialidad masculina.

Un ejemplo de la trasgresión a la norma antes descrita es el curioso espectáculo –que tuve la oportunidad de presenciar la semana pasada- de la lucha de artes marciales mixtas o “vale todo”. Lo que me pareció particularmente excepcional de éste fue observar a dos hombres descalzos y con el torso descubierto en contacto físico, propinándose golpes de forma bastante peligrosa dentro de una jaula octogonal. La violencia llegaba a tal punto que, a pesar de que estas luchas son bastante populares, no califican plenamente como deporte, sino como espectáculo. Es más, han llegado a ser definidas por su peligrosidad como “pelea de gallos humana”.

Es precisamente la posibilidad abierta -con mínimas reglas- de usar patadas, puñetes o llaves de sumisión, que hace que el espectáculo se vuelva una exhibición de testosterona en acción. Y es donde podemos ver cómo nuestra cultura occidental ha seleccionado un aspecto práctico de las artes marciales orientales, destiladas de sus contenidos filosóficos, para la lucha y para la afirmación de la escurridiza identidad masculina.

Lejos se avizora el origen conocido de las artes marciales orientales en manos de monjes taoístas que buscaban articular la unidad cuerpo-espíritu con el universo, a través de ejercicios y meditación que convergían en movimientos que imitaban fluidamente el de los animales. Conforme las tradiciones chinas se difundieron en oriente, cada sociedad del este asiático enfatizó su propia personalidad adaptando la compleja performance barroca de la cultura china en movimientos cada vez más directos y pragmáticos, hasta llegar al espectáculo occidental de la virilidad desbordada del octágono del “vale todo”.

Así, podemos señalar que el “vale todo” nos dice mucho de cómo vivimos y recreamos nuestra propia cultura: despojados de toda sofisticación filosófica, nos interesa mantener la distinción de sexos y reafirmar la masculinidad a punta de golpes y habilidad para someter al otro. Empujados a competir entre individuos, que paradójicamente, se unen a la forma de espectáculo que parece haber caracterizado a la cultura moderna. Aún en el mundo occidental contemporáneo seguimos exigiendo ritos de pasajes de masculinidad que nos recuerdan que “ser hombre” deviene una dolorosa creación cultural donde sigue estando prohibido llorar.